R. Ramírez Negrón
PASAR

MUÑOZ RIVERA: SENTIDOR DE LO PUERTORRIQUEÑO*

Discurso pronunciado por el Subsecretario de Estado de Puerto Rico, Dr. Arturo Morales Carrión el 17 de julio de 1955, en Barranquitas, con motivo de la conmemoración del natalicio del prócer puertorriqueño Luis Muñoz Rivera.

Rendimos hoy nuevo homenaje a uno de los símbolos eximios del pueblo puertorriqueño: Luis Muñoz Rivera.

La evocación de su memoria no es ya —no debe ser— grito de contienda, sino convite a meditar sobre el hondo sentido del destino de su pueblo. Así le levantamos a Muñoz Rivera año tras año el mejor monumento. Y son sus sillares nuestro renovado afecto filial, nuestro pensamiento arraigado en lo propio, nuestra esperanza de dar--como dió él-- a Puerto Rico más luz sobre sus realidades, más horizontes al vuelo de su espíritu y más empinado decoro a su conciencia de libertad.

Entre el mundo de Muñoz Rivera y nuestro mundo, transcurre un drama de vertiginoso, casi increíble crecimiento. Han crecido las fronteras tangibles de nuestra vida colectiva: más caminos para la comunicación y el comercio; más escuelas para el fervor educativo; más talleres y fábricas para el brazo diestro; más viviendas resistentes y alegres para la paz hogareña; más hospitales para los cuerpos cansados y enfermos; más luz y agua en nuestros campos; más trasiego de vida productiva en nuestras ciudades.

Y han crecido asimismo las fronteras intangibles de nuestra existencia cívica. Nuestra devoción a la vida democrática ha hecho del voto limpio su herramienta más útil. Nuestra fe inquebrantable en la educación ha puesto en nuestras manos técnicas y destrezas para el dominio de la morada física y en nuestro pensamiento la inquietud de poblar la morada moral con la rica aportación ideológica de la cultura de nuestra época. Hemos ensanchado las fronteras de nuestra libertad individual y colectiva hasta tal punto que ya no se nos aparece nuestro destino como enteco y nebuloso, sino como reto ~~magnífico~~ para ofrecer incansable batalla a los viejos y tenaces enemigos: la miseria, el desvalimiento, la ignorancia y los sentimientos de inferioridad y frustración, hijos de un pasado colonial.

El conocimiento histórico

En este crecimiento de nuestra órbita física y espiritual, es menester también que se ensanche y gane en hondura el conocimiento de nuestras raíces históricas, de los factores, hombres e ideas que nos han dado una personalidad propia, un modo de ser puertorriqueño, una fisonomía de pueblo maduro, un sentido de solidaridad, unas formas, en fin, de valorar nuestra existencia y de programar nuestra acción futura.

Resultaría empobrecida nuestra vida espiritual colectiva si pretendiéramos, por candidez o insuficiencia de visión o extremado apego al presente, romper la cadena de la historia.

* Discurso pronunciado en Barranquitas, el 17 de julio de 1955.

Una de las cumbres del pensamiento del Siglo XX, Benedetto Croce, ha escrito al efecto esta noble advertencia: "Y es ilusorio el temor de que la conciencia de lo pasado quite ánimo para lo nuevo, porque cuanto más enérgicamente se conoce un pasado, tanto más enérgico se levanta el ímpetu de ir más allá, progresando. El conocimiento es vida, y la vida es invocación a la vida".

Y sobre la cultura histórica, agrega:

"La cultura histórica tiene por fin conservar viva la conciencia que la sociedad humana tiene del propio pasado, es decir, de su presente, es decir de sí misma; de suministrarle lo que necesite para el camino que ha de escoger; de tener dispuesto cuanto, por esta parte, pueda servirle en lo porvenir. En este alto valor moral y político de la cultura histórica se funda el celo de promoverla y acrecentarla, el cuidado de preservarla libre de contaminación, y juntamente, el vituperio que se inflige con severidad a quien la deprime, desvía o corrompe."

Puerto Rico tiene su cultura histórica. Aquí en este pueblo de Barranquitas, le sentimos la vivacidad de su pulso. No es un mito dormido en un ayer. Es, por el contrario, la atmósfera vital más natural y espontánea en la que nos movemos y somos. ¿Qué elementos la integran? Intentamos ofrecer, a vía de digresión, una enumeración breve e insuficiente que nos sirva de marco para puntualizar ciertas contribuciones que a la cultura de Puerto Rico hizo Luis Muñoz Rivera.

La cultura puertorriqueña, esto es, la experiencia social, el complejo de ideas, valores y sentimientos, las formas dinámicas de la convivencia que distinguen a este conglomerado humano que llamamos Puerto Rico, recibe sus grandes direcciones de la cultura occidental, de esa vasta órbita que incluye pueblos de gran variedad étnica y linguística y de distintas circunstancias políticas y económicas. De ella le viene la idea de que el hombre es libre frente a la naturaleza, de que el hombre es racional por esencia y puede con su razón conocer la realidad del mundo físico y transformarlo con su ciencia y su técnica en bien de él y de sus semejantes. Le viene la idea de que en la ciudad, en el estado, en la organización política, se logra con mayor plenitud el destino superior de la criatura humana. Le viene el sentido de la trascendencia del espíritu humano, su radical igualdad, su valor propio, su deber moral, su actividad creadora, su ideal de servicio a Dios y al prójimo.

Pero si fuésemos a definir la cultura puertorriqueña, el quehacer social e histórico puertorriqueño, tan sólo en término de estas magnas direcciones de su voluntad y de su espíritu, se nos escurrirían entre los dedos su individualidad, su condición distintiva, su carácter. Y Puerto Rico es una comunidad occidental, más lo es a su peculiar manera y esta manera de ser, este porte, esta figura, nos hacen inconfundibles, nos hacen ser nosotros, nos hacen pueblo y no muchedumbre amorfa.

Somos pueblo de trópico y somos pueblo de isla y de mar. Somos pueblo cruzado y entrecruzado de linajes diversos: de indios que nos poblaron la tierra de maíz, yuca y yautía y el idioma con giros y nombres hoy familiares, y nos incitaron la imaginación mítica con su tabaco y su areitos y nos regalaron el cuerpo con sus hamacas.

De blancos europeos, bravos y paradójicos, que nos enseñaron con mano dura la eficacia del mando y de la explotación económica capitalista, mas quienes también nos pusieron a rezar a Dios en español y a honrar el espíritu libre del hombre. De negros africanos, que nos llegaron descuajados y adoloridos, irrespetados en su cultura y su tradición, y que fueron capaces, sin embargo, de vencer su tragedia íntima, con su alegría abierta y pimentosa, su honda emotividad musical, su rica imaginación y su energía física.

A la cultura de Puerto Rico, para comprenderla en lo hondo, no la vamos a definir con bellas abstracciones, sino en esta mezcla incesante que se dió en el pasado de hombres y mujeres de carne y hueso, tostados de sol, sudorosos y oprimidos las más de las veces, y estoicos frente al remolino de adversidades, ~~y esperanzados siempre.~~ Sin un chapuzón previo en nuestra historia social, no estamos listos para el progresismo contemporáneo. Más vale andar con la mancha de plátano que andar en fuga de lo que somos.

Fué Muñoz Rivera de los que anduvieron por la vida y por la historia con su mancha de plátano bien visible. Se supo y se quiso puertorriqueño y llevó su calidad como blasón y la vivió como angustia. Fué un político. Fué un intelectual. Y fué, sobre todo, un sentidor vehemente de lo puertorriqueño.

No le veamos hoy como jefe de partido y animador de ideologías. No subrayemos el Muñoz Rivera del pactismo, de la autonomía, del federalismo, de la unión y del "home-rule" al estilo británico. Destaquémosle más bien en su concepción del político y de la política como actividad de vida.

Concepción de la política

Vió en la política--y así lo afirmó varias veces--un sacerdocio. Le irritaba profundamente el grito tantas veces escuchado en nuestro país de: ¡Acabar con la política! La política no era para él asunto de ventajería y de negocio; sino medio de hacer patria. "Si el país"--escribía en 1912--"en verdad se propone acabar con la política, que acabe; de ese modo economizará el sacrificio de cien y cien paisanos, que en la política no realizaron su fortuna, sino que a la política pospusieron su fortuna. Remontándonos a las épocas de Baldorioty, de Vizcarrondo, de Ruiz Belvis, y llegando a la época presente, no hallaríamos un puertorriqueño, NI UNO, que en el campo de la política lograra lo que en cualquier campo logra cualquier actividad inteligente: la riqueza y el descanso. Al revés: hallaríamos más de uno y más de mil puertorriqueños que en la política penetraron con recursos y de la política salieron, o de la política saldrán con una carga, no de oro ni de gloria, sino de acerbos desengaños."

La certeza del sinsabor ineludible la encendió, en vez, la militancia de espíritu. Cuando en 1913, le planteaba Antonio Barceló la posibilidad de su renuncia, le respondía así Muñoz Rivera: "No me hable de su renuncia. Usted no pertenece al número de los que retroceden. A mayores obstáculos; a mayores miserias morales, más alta la cabeza y más firme el corazón. Hace treinta años que lucho en la vanguardia. ¿Que el esfuerzo me fatiga? ¡Cómo no, si mi inteligencia y mis músculos son los de un hombre y no los de un titán! Pero fatigado, roto, enfermo, sigo en el palenque y ni siquiera deseo morir mientras no asista a la redención de mi patria...."

Le sustentaba una energía interior de montañez robusto. "Llevo--decía-- en mis venas la sangre caliente de la montaña...." y había aprendido en este pequeño mundo pueblerino que el político se debe a la necesidad de su gente y al voto de los pobres y los muchos. "Hay un pueblo--escribía... nuestro pueblo, que necesita educarse, levantarse, vivir, pensar, gozar, y ese pueblo confía en nosotros y nosotros jamás defraudaremos su confianza... En una democracia la fuerza no reside arriba, en los chalets y en las factorías, sino abajo, en las cabañas y en los talleres. Y mientras el voto de las muchedumbres infelices nos endose y nos empuje, ni desertamos el sitio de honor que nos señale, ni cederemos el campo al privilegio que pugna por eternizarse sobre la angustia del trabajo, que es la única fuente legítima de legítimas satisfacciones".

Para que estas aspiraciones populares encontrasen debido cauce existían, según Muñoz Rivera, los partidos. "¿Qué son los partidos?", se preguntaba. "Son el resumen viviente del criterio general; son la opinión pública en pie, exigiendo LO QUE ES SUYO e imponiéndose en la Prensa con la crítica, en la urna con el voto. Son la conciencia de las multitudes, organizada, militante, activa e invulnerable...

Incansable forjador de grandes agrupaciones ideológicas, Muñoz Rivera robusteció la tradición honrosa de nuestra democracia civilista. Cuando volvemos la mirada hacia los fundadores de nuestro criollismo, no nos salen al paso encopetados mandatarios ni capitanes de poses napoleónicas, sino un puñado de hombres de pluma y de palabra, los más hijos de pueblos chicos, Baldorioty, Muñoz Rivera, Matienzo Cintrón, Hostos, a veces ofreciendo con hondo patetismo una extrema sensibilidad patriótica a flor de piel.

Para un pueblo que por primera vez en cuatro siglos y medio avanza con pie firme por la ruta de la libertad, este civilismo democrático que nos dieron las figuras criollas constituye inapreciable herencia. Nuestra generación ha mejorado notablemente los métodos de la democracia que ellas preconizaron y ha vitalizado el contenido social de su liberalismo. Ha aprendido mucho en la gran escuela de la democracia norteamericana. Pero lo ha hecho dentro de una continuidad histórica, edificando siempre sobre la base sólida del ayer. A quien se le escape la deuda que tenemos contraída con las generaciones anteriores, sobre todo con las que van de Baldorioty a Muñoz Rivera, se le escapará también una comprensión de lo esencial puertorriqueño, que en última instancia se define por una solidaridad de destino con nuestros abuelos como también queremos tenerla con nuestros nietos.

El lazo generacional

De cuán necesario es el lazo generacional tuvo también conciencia Muñoz Rivera. Respeto profundo tuvo por los hombres de la generación del 87, a la par que buscaba entre los hombres jóvenes sus entusiastas colaboradores. "Don Román Baldorioty, don Pepe Celis, Salvador Brau, el Caribe, Fernández Juncos" -- escribía Muñoz desde Washington en 1915 -- "fueron mis maestros, en las artes literarias o en los empeños cívicos. Les consulté a menudo y aproveché, o, a lo menos, me propuse aprovechar sus enseñanzas. Siempre, siempre, les reconocí... una capacidad infinitamente superior a mi pobre capacidad de jíbaro de la montaña..."

Y añadía: "Pienso que la edad no es un título ni tampoco un estigma. Pienso que a esta hora se dibujan las siluetas de los que van a constituir pronto un centro de acción tan noble y alto como el que, en 1880, constituían Baldorioty, Acosta, Celis, Blanco, Padial, Corchado, Brau, Córdova, Alonso, Ferrer, Elzaburu, Vizcarrondo; pienso que no llegarán los que mayor estrépito levanten o con mayor audacia empujen, sino los que demuestren al pueblo que quieren y saben servirle con desinterés patriótico."

"No importa la edad; lo que importa es la capacidad, la energía, la discreción, y, más aún, la lealtad por encima de todo y la consecuencia con los principios, sin cambios, sin contorsiones, sin inconsciencias: hoy en el sitio de ayer, mañana en el sitio de hoy, a fin de que el instinto popular, que es infalible, no pierda la confianza en el tesón y el carácter de sus leaders."

Si supo localizar su destino y vivir en perenne pasión de isla, no fué, no, un prisionero de su campanario ni abogado de estrechos nacionalismos. Desde su humilde Barranquitas, emprendió un vuelo audaz por la cultura de su época. Y aquí otra vez la herencia criolla nos da alecionante ejemplo. Como Baldorioty, como Acosta, como Matienzo Cintrón, Muñoz Rivera comprendió que había que abrir los poros de la inteligencia a las corrientes universales. La cultura francesa de su tiempo era maestra de estilos. A ella fué a abrevar, sin perder a la vez su íntimo contacto con las letras clásicas españolas. Remozó la oratoria; remozó el periodismo. Creó un modo personal, directo, pujante, nervioso, de expresar sus conceptos, desterrando las citas ampulosas y las imágenes deslumbradoras.

Gran cosa es el tenerlo como maestro de política, pero no lo es menos el tenerlo como fiel a su idioma, no en pose de purista, sino de innovador que sabía utilizar el magnífico resorte de la lengua para expresar ideas claras y sentimientos profundos.

Actitud frente al Norte

Atento estuvo a lo que sucedía en Europa y en América, preocupado se le vió ante el dificilísimo problema -- más trascendental acaso que el de la relación política -- de qué aceptar y qué rechazar del contacto dinámico, ~~provechoso e~~ difícil e ineludible con la cultura norteamericana. Rechazó, a principios de siglo, aquella entrada de una minúscula casta burocrática, que no empece sus buenas intenciones, quiso gobernar al país a contrapelo de sus realidades culturales. Advirtió con clarividencia el peligro del gran capitalismo corporativo, si afirmaba su poder político. Fué severo en su crítica de la incomprensión que hubo en Washington. Como José Martí, señaló también las fallas de la democracia del Norte.

Pero, a la vez, caló el verdadero sentido de la libertad norteamericana y apreció el hondo valer de su cultura. Quiso la convivencia estrecha con el Norte como quiso la buena imitación. Supo distinguir con acierto: "Al americano laborioso y útil -- escribió -- le acogemos con simpatía y le vemos con gusto abrirse paso con su actividad y su talento; al "politician", al "carpet-bagger", al parásito, le embarcaríamos hacia su punto de origen, llámese gobernador o llámese escribiente."

Desdeñó la imitación pueril: la de los nombres y las modas norteamericanas, por ejemplo, con las que el país nada ganaba en provecho. Pero insistió con vigor en la imitación de ciertos hábitos de la democracia norteamericana, aún de difícil arraigo en nuestro país. Por ejemplo: la fraternización amistosa de los líderes políticos en el terreno social, fuera de sus recintos legislativos o de sus escenarios partidistas. Censuró el espíritu de tribu puertorriqueña: "Ciudades

y aldeas conozco" -- escribió en 1910 -- "en que los republicanos y los unionistas no se hablan. Les cuesta trabajo saludarse. Mejor que adversarios que laboran en campos distintos, y que en un campo libre -- la sociedad, la familia -- se buscan y se tratan con cariño, parecen enemigos que juraron odiarse a muerte y cumplen su sacrílego juramento. Diríase que les apartan rencores profundos, y que para sus odios no ofrece el duro destino otra solución que la espada o la pistola".

En el fondo, fué, como lo mejor de la tradición criollista, un propulsor de la concordia. De la concordancia primero del puertorriqueño con su destino, con su figura histórica, con su ser regional. De la concordia con sí mismo, en suma. Luego lo fué de la concordia entre puertorriqueño y puertorriqueño, como medio de fortalecer la esencial solidaridad del país, de afirmar su personalidad. Finalmente, lo fué de la concordia entre puertorriqueño y norteamericano, pero siempre en la igualdad y en el mutuo respeto, a fin de superar los estériles antagonismos e incomprensiones.

Al evocar a Muñoz Rivera en el día de hoy, vitalizamos una tradición modesta, pero de magnífica calidad humana. Al honrarle, nos honramos por el respeto que gana todo hombre y todo pueblo que se sabe leal a sus muertos. Y con una comprensión más madura de lo que fuimos, vamos no ya a mejorar el ser presente, la cultura y el hombre puertorriqueño de hoy, sino a darle aún más elevado sentido moral, aún más honda dimensión de espíritu y de eficacia de obra, a la cultura y al hombre puertorriqueño del futuro.